

("El Mundo", Madrid, 16 febrero 1908)

HABLA UNAMUNO

Sobre el problema catalán

En mi artículo anterior. Terror de la pobreza. El Municipio, la Provincia y el Estado. Lo más grande de la frailería. Reciente origen de la clase media. Catalanismo y bizkaitarrismo. Libertad y democracia. La procesión por dentro

ESTOS

En mi artículo «Oposición de cultura» quedé en hablar de *estos*, de los de esta banda en que vivo. Y nunca acaso más á propósito que ahora, en que pareciendo sacudir su modorra ó apatía característica empiezan, á imitación de aquéllos, á hablar de castellanismo. ¿Va de veras?

Lo dudo. La apatía es aquí tradicional y endémica, como la siesta. Si los arrieros que trajinan por estas carreteras de polvo están tan indignados contra los automóviles, es porque obligándoles éstos á ir con ojo despierto sobre las mulas, no les dejan echar la siesta en su carromato. Y esto es simbólico.

Dírase que los hijos de esta casta, cansados de una larga lucha con un suelo ingrato, nacen con un sueño de siglos, si es que no fuera otra cosa. Su vida es fecio combate contra la miseria. No tanto les mueve ansia de riquezas como terror de la pobreza, así como en los más caliginosos siglos medioevales era el miedo al infierno, no el anhelo de la gloria, lo que azuzaba las almas al claustro, hundiéndolas en la acedia.

De este miedo á la pobreza viene su avaricia y de él su mendiguez y su concepción hospiciaria del Estado.

Son tristemente avaros estos coleccionistas de dehesas ó de acciones del Banco; buscan el interés seguro, aunque sea módico, antes que arriesgar su fortuna. Por todas partes ven peligros para ella.

Y no es menos triste que la avaricia de los que tienen algo que perder, la mendiguez de los que tienen todo que ganar. Los cargos y empleos son para los que los desempeñan, no éstos para aquéllos. El Municipio, la Provincia, el Estado, son un hospicio.

Incluido en "Suplementos y modificaciones."



UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

Y á esta avaricia de bienes materiales corresponde la avaricia espiritual: la envidia.

La envidia es el terrible azote de estos pobres espíritus amodorrados; la envidia es la peor de las plagas morales de casi toda nuestra España. Aquí pudo nacer la frase quevediana de que la envidia está flaca porque muerde y no come, y aquí pudo hacerse proverbial el símil de la cucaña.

Y esta casticísima envidia reviste las más variadas y las más extrañas formas. ¿Creéis que es otra cosa, sino ella, esa característica benevolencia en el juzgar que infesta de epítetos encomiásticos las planas de nuestros diarios? Es la nivelación en el elogio. Todos sobresalientes es lo mismo que aprobados todos. El lema es: «Todos somos unos». Unos, sí, unos envidiosos.

De esta envidia arranca la tan decantada democracia castellana, la que se ha llamado por unos democracia cesarista, por otros democracia frailuna. Es la nivelación en la indigencia moral é intelectual.

Lo más grande de la frailería era y es que el hijo de un porquero puede llegar á arzobispo de Toledo. Nunca aquí el episcopado se reclutó, tanto como en Francia, de entre los hijos de la nobleza.

He aquí un pueblo democrático, pero anti-liberal. Como si se le deja á cada cual vestirse á su antojo, aquél puede hacerlo de modo que se le tenga por elegante y yo no, uniforme para todos! Y así persiste la Inquisición, ya que no en las leyes, en las costumbres.

Porque la Inquisición brotó de las entrañas mismas de este pueblo, de su poseso de envidia, y fué una dicha que la encauzara la Iglesia estableciendo Tribunales de Santo Oficio y procedimientos regulares, porque si llega á actuar por jurados populares ó por sufragio universal, no se escapa con vida ni uno que se distinguiese de la común ramplonería de pensar.

De esta tétrica tendencia al igualitarismo intelectual, sólo se salvan los extremos. O un sentido común muy pragmático y seguro, pero muy zafio é inadecuado para iniciaciones y altezas, ó á las veces, muy raras, una genialidad bravia. Cuando alguno de estos espíritus rompe el recio dermatoesqueleto en que vive, se derrama en chorro de fuego. Pero esto sucede una vez al siglo. La intelectualidad media, en lo que no sea de aplicación inmediata á la vida cotidiana, es acaso menor que en los pueblos teatrales.

Hay poca clase media, y ella de reciente



origen; poca clase media económica y poca intelectual. Es la igualdad, en la indigencia con tal cual potentado; algún latifundioso entre piojateros. Y hay puntos en que estos extremos se tocan. Dentro del mendigo hay un grande de España, como dentro del grande de España un mendigo. Lo que ni uno ni otro encierran es un industrial ó un negociante de sangre.

Y de todo ello surge eso que hemos dado en llamar el individualismo español, y es el individualismo con poca personalidad. Cada cual se destaca y acusa frente á los demás, pero todos son iguales.

Es como si tuviésemos cien tinajas de gruesísimo casco, pero vacías ó llenas de una misma agua. Pueden, en cambio, juntarse células de tensísima membrana, á través de la cual actúa una fecunda ósmosis y exósmosis de su rico contenido. Estas gentes se diferencian y acentúan, más que por la diferencia de una carne rica y compleja, por el grosor de sus caparazones.

Y de aquí también tanta soberbia gratuita como se despliega por estos pagos. Pues se comprende que se crea gran cantor uro que canta, ó gran labrador uro que labra; pero ¿qué me diréis del que sin hacer cosa alguna está hinchado de soberbia de ser él, Fulano de Tal, frente á Dios y los hombres? ¿Qué me diréis de la soberbia del haragán? Porque en cuanto al que obra es en la acción humilde. El más grande ejemplo de humildad es el de un Dios que, no necesitando del mundo para su gloria, pues un átomo no añade al infinito, lo crea, y un género huma-

no que le diga que está mal hecho; hace la comedia y el público que se la silbe ó le ponga tachas y reparos.

Y estas soberbias gratuitas y envidiosas se juntan, haciendo el individualismo tan altanero como rebañego.

A propósito de esto del individualismo español; unas veces se dice que este es un pueblo ingobernable, y otras que es uno de los más sumisos. ¿Hay contradicción? Creo que no.

Aquí se unen un cierto instinto anárquico ó más bien antinomiano, con un cierto instinto borreguil ó rebañego. Los borregos, los toros si se quiere, se rebelarían contra el pastor que los conduce y apacienta, si éste pretendiera dictarles leyes. Y así resulta un pueblo rebelde y sumiso, rebelde contra la ley y el principio de autoridad, pero sumiso ante el cacique y la autoridad personal. Obedece al hombre que sabe imponérsele, no á la ley. Y recuérdese al propósito la an-



tigua costumbre del *agermanamiento*.

Su régimen natural es, pues, como el de las kabilas, el caciquismo mejor ó peor organizado, y su progreso ha de consistir en la organización de él. Cuantas veces se trate de desarraigarlo, ó siquiera de descuajarlo, volverá á brotar, en una ú otra forma, de las entrañas igualitarias del pueblo.

Este no sigue la bandera, sino sigue al caudillo. No se mueve por ideas, y así su entusiasmo no puede, en rigor de expresión, llamarse idealismo. Las ideas son cosa demasiado sutil y vaga, demasiado movible para estas gentes. Necesitan materializarlas. De aquí su relativa incapacidad para la abstracción y para la filosofía. No es idealismo la sublimación de los concretos reales. Y porque no cazan esas ideas madres, ondulantes y protéicas, se agarran á dogmas, á conceptos hechos.

Fijémonos en Vizcaya, mi tierra natal. Hay quien ha creído ver analogías entre el catalanismo y el bizkaitarrismo, y, sin embargo, éstos se diferencian cuanto el catalán y el vizcaino, y es tal vez lo más que cabe de diferencia. El catalanismo es un movimiento de masa, pero algo informe y muy coral; el bizkaitarrismo fué obra de un hombre de pasión y de dogma: Sabino Arana. El bizkaitarrismo fué y sigue siendo sabinismo. Se le rinde culto al hombre, y no me extrañaría que algún paisano mío pidiese Iglesia Católica vizcaina no más que para canonizarle.

Y en esa mi misma tierra hubo, hace un siglo, un intenso y poderoso movimiento político-social, que por no haber trascendido de sus linderos, es menos conocido de lo que merece serlo. Es lo que se llama la *zamacolada*, la acción del campo, del infanzonado, contra la villa, Bilbao. Y fué obra de un hombre, de todo un hombre, de Zamacola. Muerto éste, después de caído en desgracia, el movimiento cesó para reaparecer más tarde, bajo nueva forma, en la guerra civil.

Todo esto produce un individualismo democrático—ó una democracia individualista, si se quiere;—pero nada de esto es favorable á la libertad, y menos al liberalismo.

Me parece un error de nuestros liberales el de declararse demócratas. La democracia, por lo menos la nuestra, no es liberal, y el liberalismo, y hasta la libertad, no son democráticos. Y quien dijo que la libertad se había hecho conservadora, quiso decir que se había hecho conservadora la democracia. Lo cual no es verdad, pues no necesita haberse hecho tal, ya que lo ha sido siempre.



UNIVERSIDAD
DE SALAMANCA



De esto de libertad y democracia, de su oposición y su concordancia, del modo de resolver en síntesis esta antítesis, no es ahora este lugar de hablar. Acabaré, pues, por hoy con un apólogo.

Era éste un corral donde gallos y gallinas se pasaban la vida picoteando el grano, procreando, agüerando, criando pollos y durmiendo en las perchas. Cada vez que una banda de palomas cortaba volando el azul del cielo del corral, pensaban los gallos mirándolas: «desde que el hombre inventó la escopeta, de poco os sirve el volar; mejor se está así.» Y cayó en el corral un águila empeñada en hacer volar a gallos y gallinas, y declaráronle un ave perturbada y perturbadora, alborotándose contra ella. Y el águila, picotazo acá, picotazo allá, se empeñó en su obra quijotesca. Y hubo otras que le siguieron. Y al cabo, una tras otra, y por un proceso de selección y herencia que en cualquier manual de biología veréis expuesto, obtuvieron gallinas y gallos voladores. Y cuando pudieron éstos cruzar el cielo, fuera del corral, bendijeron al águila perturbadora y perturbada que tanto molestó a sus abuelos. Y esto á pesar de la escopeta.

Y ahora sacad la moraleja.

Y volviendo á mi tema: ¿qué puede salir del acuerdo, dentro de su oposición respectiva de éstos y de aquéllos, de las gentes de pasión—aunque hoy durmiente,—y dogma con las de sensualidad y papel en el teatro? Porque aquéllos, justo es decirlo, parecen más capaces para la vida civil, que aunque sea en gran parte teatro y comedia, es la que crea la civilización. Y la civilización es la envoltura protectora de la cultura. La ciudad es teatro, pero la ciudad es lo civil, y de lo civil brota la civilización. Y lo contrario de ésta es la ruralización.

Hay solidaridad para la guerra y la hay para la paz, y no es lo mismo afrontar grandes peligros que ganarse el pan nuestro de cada día.

Falta ver lo bueno de unos y de otros buscándolo en el fondo mismo de lo que éstos y aquéllos tienen de malo.

Réstame sólo para quien eche aquí de menos datos concretos, informaciones, cuestiones del día, política, en fin, que yo no me he propuesto traer grano al corral, sino dar picotazos á los gallos.

Es decir, para adelantarme á los maliciosos, que pretendo hacer de águila.



Estos

3-8

10



Si me interesara la *política*, leería todo eso de la administración local; pero como lo que me interesa es la cultura, no he empleado en leer semejante proyecto de ley un tiempo que no me basta para otras cosas. Lo verdaderamente lamentable es esa paz de los espíritus que alguien se envanece de haber restablecido, aunque la procesión ande por dentro.

MIGUEL DE UNAMUNO



VNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GREDOS USALES